

057. Los apóstoles seculares

El Papa Pío XI ha sido en los tiempos modernos el Papa del apostolado secular, que él encuadró en la Acción Católica. Pues, bien; escuchemos lo que nos cuenta él mismo:

- *Estaba yo en oración el día de Pentecostés. Rezaba especialmente por la Iglesia. Y en ese momento vi con claridad la esencia y el programa de la Acción Católica* (Carla al cardenal de Lisboa)

A partir de ese momento, aquel Papa tan genial tomó el apostolado de los laicos como la gran tarea de su pontificado. A la Acción Católica la llamaba *la niña de mis ojos*.

Desde este Papa —sobre todo a partir del Concilio, cuando quedaron del todo consagrados todos los esfuerzos y ensayos realizados hasta entonces, y prescindiendo del nombre concreto de Acción Católica— el apostolado de los laicos en la Iglesia tiene plena carta de ciudadanía y con él han vuelto a ser los laicos, en cuanto a anunciadores del Evangelio, lo que fueron desde los comienzos mismos del Cristianismo.

¿Por qué los laicos hemos de ser apóstoles? ¿Por qué nos hemos de poner a disposición de nuestros Pastores en el anuncio del Evangelio? ¿Por qué el apostolado ha de ser una de nuestras ilusiones cristianas?

Empezamos por decir que la razón suprema es el *amor*. Queremos ser apóstoles precisamente porque amamos a Jesucristo y amamos el Reino de Dios. Quiten de nuestro lenguaje la palabra amor, y no se entenderá nada de lo que decimos; mientras que si partimos del amor, todo se va a entender perfectamente.

Y aquí nos encontramos con el gran deseo de Jesucristo: *He venido a prender fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?* (Lucas 11,49). Jesucristo nos entrega la antorcha encendida, y, si le amamos, ¿cómo nos vamos a negar a agarrarla en nuestras manos?

Y a propósito de la antorcha, tenemos las imágenes de dos Santos que se nos presentan en la Iglesia como un desafío. No es la primera vez que salen estos dos casos en nuestro programa: son Domingo de Guzmán e Ignacio de Loyola, dos ejemplos auténticamente formidables.

Guzmán, antes ya de nacer, es una inquietud para su madre. En un sueño —mejor, en una visión, porque la cosa venía de Dios—, ve cómo la criatura que va a dar a luz es un cachorro feroz. Lleva en su boca agarrada fuerte con los dientes una antorcha llameante y lo ve correr a través de los campos pegándole fuego a todo. ¿Un guerrero? ¿Un revolucionario?... No; sino un apóstol, como se confirmó ampliamente después. Por donde pasaba Domingo, allí ardían las gentes en amor de Dios...

Loyola, puesta en marcha la Compañía de Jesús en Roma, a los pies mismos del Vicario de Jesucristo, lanza a los suyos con esta arenga enardecedora: *Id, y prended fuego a todo el mundo*.

Hoy los laicos en la Iglesia, sabedores de la impaciencia de Cristo por que el mundo arda, hacemos nuestra la consigna de Ignacio y queremos ser como Domingo: hay que llevar el fuego del amor a un mundo que se está enfriando de manera tan alarmante.

El apostolado nuestro es muy importante para la Iglesia. No se bastan los Pastores que Jesucristo puso al frente de su Pueblo para la ingente tarea de la evangelización.

Hoy, como le ocurrió al mismo Jesús, junto a los Doce tuvo que seleccionar a otros setenta y dos que, sin ser del grupo de los Apóstoles, los mandó a todas partes para que le preparasen la llegada y le dispusieran el trabajo. Y lo hicieron tan bien que, cuando regresaron de su misión, no cabían en su piel de contentos. Hablaban, gritaban, contaban entusiasmados a Jesús todo lo que habían hecho, hasta el punto de que emocionaron al Señor, el cual les aseguró: *Yo veía caer a Satanás como un rayo del cielo* (Lucas 10,18). Y para colmarles la alegría, les aseguró con todo el aplomo de su palabra divina: *Pero no estéis contentos precisamente por esto. Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el Cielo.*

Es la promesa que Pablo les expresa igualmente a sus colaboradores de Filipos (4,3): *Sus nombres están escritos en el libro de la vida.*

Son muchas las veces que se piensa en el problema de la salvación, y aquí tenemos una señal clara de predestinación: no se puede perder quien se ha empeñado en llevar a los demás a la salvación. Que es lo dicho también por el apóstol Santiago al final de su carta: *Has salvado tu propia alma si has ayudado a volver al buen camino al hermano que se descarrió y se había apartado de la verdad.*

No deja de ser todo esto un estímulo grande para los que tomamos con empeño el ser apóstoles en nuestros ambientes.

En virtud de nuestro Bautismo y de nuestra Confirmación, todos podemos ser apóstoles. No hay ninguno de nosotros a quien se le niegue esta gloria, lo mismo hombres que mujeres, nosotros los seglares igual que los sacerdotes.

La inmensa cúpula de la Basílica de San Pedro en el Vaticano está sostenida por cuatro columnas imponentes, sobre las cuales se apoya esa obra grandiosa del templo. En esas cuatro columnas, cuatro estatuas gigantescas: la de San Andrés y la de Longinos, la de Santa Elena y la de la Verónica. Las contemplaba un famoso Cardenal alemán, y exclamó: *Estos son los cuatro símbolos del apostolado de la Iglesia. Aquí están los guardianes del Credo de los Apóstoles: los hombres y las mujeres, los sacerdotes y los seglares.*

Ante los muchos hermanos que hoy trabajan en el apostolado, bien está que tengamos de cuando en cuando un recuerdo especial para ellos. Los admiramos. Los queremos. Les tenemos envidia. ¡Dichosos los que ayudan a Jesucristo a encender el mundo en el amor de Dios!